



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Bretaña.—Estrado en el Palacio de Cimbelino.

Entran de una parte CIMBELINO, la REINA, CLOTENIO y NOBLES, y de la otra CAYO LUCIO y acompañamiento.

CIM. Decid, pues, lo que Augusto César quiere.

LUC. Al vencer á Bretaña Julio César,
Cuyo recuerdo vive todavía
En los humanos ojos y constante
Tema será de lenguas y de oídos,
Pactó Casabelán, el tío vuestro,
A quien hizo famoso celebrando
Condignamente sus hazañas César,
Que él y sus sucesores pagarían
Mil libras de tributo anual á Roma,
Que pagado no habéis últimamente.

REINA. Y á fin de que esa maravilla muera,
No pagará jamás.

CLO. Césares varios
Veremos sin que vuelva un nuevo Julio.
Un mundo por sí mismo es la Bretaña,
Y por tener en nuestra faz narices
No vamos á pagar.

REINA. La coyuntura
Que os fué para expoliarnos favorable

Lo nuestro nos restaura. Soberano,
 A tus antecesores, á esos reyes
 Presente ten, Señor, y la rudeza
 Natural de las costas de esta isla,
 Que es de Neptuno el coto, y que protegen
 Y encierran asperísimos peñascos
 Y rugidoras aguas, con arenas
 Que antes que en ellas enemigo atraque
 Hasta los topes sorberán sus buques.
 Victoria á medias César aquí obtuvo.
 Con «vine, vi, vencí», vanagloriarse
 Aquí no pudo nunca. Con oprobio;
 Y lo experimentó por vez primera
 Vencido en dos encuentros, arrojado
 De nuestras costas fué, mientras sus buques,
 Miserables juguetes, en las crestas
 De nuestras fieras ondas vacilando
 Como si fueran cáscaras de huevos,
 Contra nuestros peñascos se estrellaban.
 Casabelán el célebre, que entonces
 A punto estuvo ¡oh meretriz fortuna!
 De abatir con su espada la de César,
 A la ciudad de Lud alegre hizo
 Brillar con candeladas, y orgullosos
 Pregonar su valor á los bretones.

CLO.—Vamos. No se paga más tributo. Nuestro reino es más fuerte de lo que antes era, y como dije, no hay ahora Césares como aquél. Podrállos haber con narices igualmente encorvadas, pero con tan inflexibles brazos, no.

CIM.—Hijo, deja que tu madre acabe.

CLO.—Entre nosotros todavía hay muchos que tienen tan fuertes puños como Casabelán; no diré que sea yo uno, pero tengo mano. ¿Tributo? ¿Por qué hemos

de pagar tributo? Si César puede tapar con un cober-
tor el sol, ó meterse la luna en el bolso, le pagaremos
tributo por luz; pero si no... Vamos, señor, por favor
no hablemos de tributo.

CIM. Sabed que éramos libres
Hasta que con violencia este tributo
Pagar nos hizo el opresor romano.
De César la ambición, que se extendía
Hasta abarcar al universo entero,
El yugo injustamente nos impuso
Que debe sacudir guerrera gente,
Como nosotros mismos nos juzgamos.

CLO. Así es.

CIM. Y por tanto, sepa César
Que nuestro antecesor fué aquél Malmucio
Que nuestras leyes promulgó, y que César
Por demás con su espada ha lacerado.
Con el poder que ejerzo, restaurarlas,
Restablecer sus libertades debe
Mi anhelo ser, aunque se ofenda Roma.
Malmucio nuestras leyes nos ha dado
Y fué el primer Bretón que áurea diadema
Colocó, rey llamándose, en su frente.

LUC. Lamento, Cimbelino, que me toque
Llamar á Augusto César, á ese César
Que tiene por secuaces á más reyes
Que criados tenéis en vuestra casa,
Vuestro enemigo. Ved lo que respondo.
Guerra en nombre de César y exterminio
Declaro contra vos. Irresistible

Furia sólo esperad. Lanzado el reto,
Gracias os doy por lo que á mí me toca.
CIM. Muy bien venido, Cayo. Vuestro César
Caballero me armó. Bajo su mando

- Pasé mi juventud; lauros obtuve,
Que, si por fuerza arrebatarme quiere,
Me obliga á defender á todo trance.
Que Panonios y Dálmatas guerrean
Para obtener su libertad me consta,
Y fuera no leer en ese ejemplo
Ostentarse de hielo los Bretones.
No así los verá César.

LUC. Pruebas hablen.

CLO. Su Majestad os da la bienvenida.

Pasad con nosotros el tiempo un día ó dos ó más. Si luego de otra manera nos buscáis, nos hallaréis con nuestro cinturón de agua salada. Si nos lo arrebatáis, es vuestro; pero si sucumbís, tanto mejor para nuestros cuervos, y se acabó.

LUC. Eso es.

CIM. Los propósitos sé de vuestro amo.
Los míos él ahora. Bien venido. (Vanse.)

ESCENA II

Bretaña. — Otra habitación del palacio.

Entra PISANIO con una carta.

PRIS. ¿Cómo? ¿Adulterio? ¿Mas por qué no nombra
Al monstruo vil su acusador? ¡Leonato!
¡Ay amo mío! ¿Qué fatal veneno
En tus oídos infiltrarse pudo?
¿Qué infame hijo de Italia con la lengua,
Tan ponzoñosa, cual su misma mano,
De tu sin par credulidad abusa?
¿Desleal? No. Por su lealtad asedios
Que á la más virtuosa postrarían,

Cual diosa, más que cual mujer, rechaza.
 ¡Ay amo mío! Tan por bajo de ella
 Hoy tu alma está cual antes tu fortuna.
 ¡Como! ¿Qué yo la mate, como cumple
 A mi afecto y lealtad, y al juramento
 Que tus mandatos á acatar me obliga?
 ¿Matarla yo? ¡Su sangre! Si eso fuere
 Ser leal servidor, jamás lo he sido.
 ¿Qué tengo yo para que nadie juzgue
 Tal falta en mí de humanidad cual ésta?

(Leyendo).

«Hazlo. Mi carta hará que ella te ordene
 Lo que ocasión podrá proporcionarte.»
 ¡Papel maldito! Negro cual la tinta
 Que te embadurna. Inanimado objeto,
 Con ese aspecto virginal que tienes,
 ¿Eres cómplice tú de tal empresa?

Entra IMÓGENES.

Imóg. ¡Hola, Pisanio!
 Pis. Tomad. De mi señor es esta carta.
 Imóg. ¡De tu señor! De mi señor Leonato.
 ¡Oh cuán sabio el astrónomo sería
 Si cual conozco yo tus caracteres
 Los astros conociera! Descubierta
 Nos fuera el porvenir. ¡Benignos Dioses!
 Haced que el contenido de esta carta
 Trascienda á amor. A la salud perfecta
 De mi dueño querido. A su contento,
 Pero no de que estemos separados,
 Que eso le punce. Penas que se curan
 A sí mismas existen, y una es esa,

Que cuida que el amor salud conserve.
 Mas con esa excepción, á su contento.
 Benigna cera, con permiso tuyo.
 Bendecidas abejas que forjasteis
 Para nuestros secretos cerraduras,
 El amante y quien sella obligaciones
 No os rezan por igual, pues en la cárcel
 Encerráis al deudor, y de Cupido
 Cerráis las cartas. ¡Buenas nuevas, dioses!

(Leyendo.)

«Ni la ley, ni el rencor de tu padre, si me hallara en su corte, serían tan crueles para conmigo como tú, queridísima mía, si no me reanimaras con tus ojos. Has de saber que estoy en Cambria y en Milfordia. Haz lo que tu amor te aconseje. Te desea toda dicha y queda leal á su juramento y cada vez más amante, tu
LEONATO.»

¡Un caballo con alas quién tuviera!
 ¿Has oído, Pisanio? Está en Milfordia.
 Lee y dime cuánto dista. Si recorre
 Cualquiera ese trayecto en la semana.
 ¿No puedo allí en un día transportarme?
 Así mi buen Pisanio, tú que ansías
 Como yo ver á tu señor, que ansías,
 Déjame rebajar, no cual yo ansío,
 Mas ansías, si bien más debilmente.
 ¡Oh, no cual yo, que eso de raya pasa!—
 Dime y háblame aprisa. Los oídos
 Debe llenar de amor el consejero
 Hasta que toda sensación se ahogue.
 A esa Milfordia bendecida, cuánta
 Distancia habrá. También dime de paso,
 Dime, por qué motivo obtuvo Gales

La inmensa dicha de tener tal puerto.
 Pero en primer lugar, veamos cómo
 De aquí escapar podemos, y qué excusa
 Hemos de dar que explique nuestra ausencia
 Desde que nos marchemos y volvamos.
 Pero primeramente cómo irnos.
 ¿A qué buscar, ni á qué inventar excusas?
 De eso luego hablaremos. Vamos, dime.
 ¿Cuántas docenas cabalgar podemos
 De millas cada hora?

Pis. Dos docenas

De sol á sol, y para vos es mucho.

Imóg. ¡Bah, hombre, ni al cadalso conducido
 Puede haber quien camine tan despacio!
 De apuestas de caballos corredores
 Hablar oí, cuya veloz carrera
 La del reloj de arena parecía.
 Mas necedad es esto. Que se haga
 La enferma dile á mi doncella, y diga
 Que se va con su padre, y un vestido
 Para montar procúrame al instante,
 Propio para mujer de un hacendado.

Pis. Reflexionad, señora.

Imóg. Ante mí veo

A un hombre. Nada aquí ni allí distingo.
 Ni el porvenir tampoco. Rodeado
 Todo está de neblina impenetrable.
 Vete, te ruego, y mis mandatos cumple;
 No hay nada más que hablar. Con el camino
 De Milfordia tan solamente atino. (Vanse.)

ESCENA III

Bretaña.—Gales. País montañoso con una cueva.

Entran saliendo de la cueva BELARIO y después GUIDERIO
y ARVIRAGO.

BEL. Con techos deprimidos cual los nuestros,
Bello es el día para huir de casa.
Agachaos, muchachos; esta puerta
A adorar á los cielos nos obliga,
Y para el rezo matinal os postra.
Los arqueados pórticos de reyes
Tan altos son, que altivos los gigantes
Por ellos pasan con turbante impío,
Sin dar siquiera al sol los buenos días.
Salve, tú, cielo hermoso. Nuestra casa
Labramos en la roca, y, sin embargo,
Te tratamos con menos aspereza
Que más altivos seres.

GUID. ¡Cielo, Salve!

ARV. ¡Cielo, Salve!

BEL. A cazar á la montaña,
Vamos, pues. A trepar por ese monte.
Jóvenes pies tenéis. Yo por el llano.
Cuando estéis en la cumbre, y como cuervo
Me diviséis, pensad en que es el sitio
Lo que achica y agranda; y las historias
Entonces recordad que os he narrado
De cortes, reyes y guerreros usos.
Ahí servir no es servir porque se cumple,
Sino en cuanto se estima. Si las cosas
De esta manera contempláis, de todo
Sacaréis enseñanza, y muchas veces

Hay que admitir para consuelo nuestro
 Que en su escondrijo el vil escarabajo,
 Más que águila caudal seguro vive.
 Más noble es nuestra vida, que en espera
 Estar de humillaciones; más holgada
 Que recibiendo dádivas ocioso,
 Y más enaltecida, que vistiendo
 Crugiente seda que se debe acaso.
 Así el favor de aquel que los encumbra,
 Teniendo sin saldar sus cuentas, logran.
 No hay vida cual la nuestra.

GUID.

Tú discurre

Con tu experiencia. Miseros polluelos
 Nosotros, al volar, nunca de vista
 Perdemos nuestro nido, é ignoramos
 Fuera de nuestro hogar qué viento sopla.
 Si la vida tranquila es conveniente,
 Acaso la mejor la nuestra sea.

Muy grata para ti, que has conocido
 Otra más dura; y vida que se adapta
 A tu madura edad. Para nosotros,
 Esto es vivir en ignorada celda,
 Viajar dormidos, verse cual deudores,
 Sin poder dar un paso en una cárcel.

A RV.

Al ser viejos cual tú, ¿de qué hablaremos?
 ¿Al resonar la lluvia y la ventisca
 En el diciembre obscuro, de qué modo
 En nuestra cueva frígida podremos
 Pasar las largas horas conversando?
 Nada hemos visto. Somos casi fieras,
 Para entrapar astutos cual la zorra,
 Para apresar cual lobos luchadores.
 Animosos cazamos lo que vuela,
 Y convertimos nuestra jaula en coro,

BEL. Cantando como el ave aprisionada.
 ¡Cómo habláis! Conocierais las usuras
 De la ciudad por experiencia propia,
 La intriga cortesana, tan difícil
 De evitar cual seguir, pues el que trepa
 Hacia la cumbre, de seguro cae,
 O por camino va tan resbaloso,
 Que su miedo equivale á su caída.
 El afán de la guerra, que peligros
 Buscando va constantemente en nombre
 De honra y de gloria que perder se suelen
 Al ir las á alcanzar, y su epitafio
 Puede ser ya infamante, ya plausible.
 Es más: á veces acto meritorio
 Se censura. Peor. Es necesario
 Doblar á la censura la rodilla.
 ¡Oh jóvenes! En mí tan triste historia
 Puede el mundo leer. El cuerpo tengo
 De Romanas heridas señalado.
 Como el que más gozaba de renombre.
 Me estimó Cimbelino, y al hablarse
 De un soldado, mi nombre resonaba.
 Árbol era yo entonces que tenía
 El ramaje rendido con su fruto;
 Pero una noche una borrasca, un robo,
 Llámese como quiera, despojóme
 De mis racimos. Sí, de mi follaje
 Dejándome desnudo á la intemperie.
 ¡Privanza instable!

GUID.

BEL.

No por culpa mía.
 A menudo os lo he dicho. Dos malvados
 A cuyos insidiosos juramentos
 Más fe se dió que á mi perfecta honra,
 Lograron convencer á Cimbelino

De que con los romanos me entendía.
Siguióse mi destierro, y estas peñas
Y estos lugares hace veinte años
Que mi universo son. Aquí he vivido
Gozando honrada libertad, y al Cielo
Satisfaciendo las piadosas deudas
Que no pagaba en mi pasada vida.—
Mas, ¡sús! A la montaña. No es lenguaje
De cazadores éste. Quien al ciervo
Primero hiera, del festín es amo.
Los otros dos serán sus servidores.
No habrá temor de que nos den ponzoña,
Lo que suele ocurrir en otros sitios
Más encumbrados. Os veré en el valle.

(Vanse Guiderio y Arvirago.)

De la naturaleza cuán difícil
Es ocultar las chispas. Que de reyes
Son hijos estos jóvenes no saben,
Ni Cimbelino sueña que están vivos.
Se juzgan míos, y aunque pobremente
Criados en la cueva en que se encorvan,
Los pensamientos suyos se levantan
Hasta los artesones de palacios,
Y la Naturaleza les induce
En pequeñeces y en humildes cosas,
A mostrarse señores como nadie.
Es este Polidoro el heredero
De Cimbelino y de Bretaña, y era
Guiderio por su padre apellidado.
¡Vive Jove! Sentado en mi banquillo
Refiriendo mis bélicas empresas,
El alma se le evade, y de mi historia
Se apodera y exclama: «De este modo

Mi enemigo cayó; mi pie le puse
 Así sobre su cuello», y se le agolpa
 La regia sangre á la mejilla, y suda,
 Y sus jóvenes fibras se contraen,
 En actos traduciendo mis palabras.
 Su hermano Cádval, antes Arvirago,
 En actitud análoga da vida
 A mi discurso, y muestra claramente
 Sus pensamientos íntimos. La caza
 Ya han levantado. ¡Oh Cimbelino! el Cielo
 Y mi conciencia saben cuán injusto
 El desterrarme fué. Por tal motivo,
 A estos niños robé cuando tenían
 Uno tres años y otro dos, creyendo
 De sucesión privarte, cual de tierras
 Tú me desposeíste. Los criaste
 Tú, Euripila, y madre te juzgaron
 Y honran tu sepultura cada día;
 Y á mí, Belario, á quien hoy llaman Mórzan,
 Me juzgan padre. Ya la caza corre. (Vase.)

ESCENA IV

Bretaña.—Cercanías de Milfordia.

Entran PISANIO é IMÓGENES.

Imóg. Me dijiste que cerca el sitio estaba
 Al desmontar. Mi madre por mirarme
 La vez primera, nunca el ansia tuvo
 Que tengo yo. Pisanio, dime, dónde
 Está Póstumo. Dime qué te pasa
 Que espantado me miras, y entrecortas
 Ese suspiro que de tu alma sale.

Si así te retratases, te juzgaran
 De la preocupación la imagen misma.
 Menos pavor ostenta; no sucumba
 A la demencia mi sereno juicio.
 ¿Qué ocurre, di? ¿Por qué con cara adusta
 Me das ese papel? Si fuese nuncio
 De buen tiempo sonrío, si, al contrario,
 De tempestad, lo anuncia tu semblante.
 Es letra de mi dueño. Lo trastorna
 La ponzoñosa Italia maldecida
 Y está en algun aprieto. Dilo, hombre.
 Tu lengua puede ser que embote el filo
 De lo que puede ser mortal si leo.

Pis. Leed os ruego, y en mi veréis ¡ay triste!
 Al más desamparado de la suerte.

IMÓG. (Leyendo.) «Tu ama, Pisanio, ha prostituído mi lecho. Los testimonios de su falta, en mí chorrean sangre. No son meros indicios, sino pruebas tan grandes como mi dolor y tan ciertas como será mi venganza. A tí, Pisanio, te toca por mí llevarla á cabo, si no se ha mancillado tu lealtad con la falta suya. Tu propia mano le ha de quitar la vida. Yo te daré motivo para que sea en Milfordia. Carta mía tiene para este fin. Si temes dar el golpe y no me pruebas que has cumplido, será porque eres el cómplice de su deshonra, y desleal como ella.»

Pis. ¿La espada á que sacar si ya la carta
 La ha degollado? No. Fué la calumnia,
 Cuyo filo penetra más que el hierro,
 Cuya lengua contiene más ponzoña
 Que en conjunto los áspides del Nilo,
 Cuyo aliento cabalga en huracanes
 Y al último rincón del mundo engaña.
 Reyes, reinas, doncellas y matronas,
 Y estados y aun secretos del sepulcro

Víctimas son del áspid la calumnia.
¿Cómo, señora, estáis?

IMÓG.

¡Falsa á su lecho!

¿Qué es ser falsa? ¿Yacer allí velando
Pensando en él, llorando cada hora,
Y, si el sueño me vence, interrumpirlo
Con lágrimas soñando que peligra?
¿Ser á su lecho falsa, dime, es eso?

PRIS.

¡Desdichada señora!

IMÓG.

¿Falsa yo? Que atestigue tu conciencia.
A ti, láquimo, infame te juzgaba
Cuando de incontinencia le acusaste;
Ahora, ya me pareces más honrado.
Una Italiana meretriz, sin duda,
De embadurnado rostro lo ha perdido.
¡Pobre de mí! Yo ya pasé. Soy traje
Fuera de moda, y como no se debe
Colgar de la pared por lo costoso,
Me quieren deshacer. Hazme pedazos.
Los votos de los hombres, los traidores
De las mujeres son. Tus excelencias
Aparentes ¡oh esposo! con motivo
De tu traición, dirán que te sirvieron
Para encubrir mejor tu villanía:
Que espontáneas no eran, sino sólo
Cebo falaz para engañar á damas.
Gentil señora, oíd.

PRIS.

IMÓG.

Cuando se oía

A hombres de bien en la época de Eneas,
Tan falaces cual él se los juzgaba.
Y el llanto de Sinón es la calumnia.
De muchas santas lágrimas é impide
La compasión hacia desdichas grandes.
Así, Póstumo, tú de gente honrada

Levadura serás, y el noble y justo
 Será por tu traición perjuro y falso.
 Vamos, tú, prueba tu honradez. La orden
 Cumple de tu Señor. Cuando lo veas,
 Mi obediencia á lo menos atestigua.
 Mira, yo misma el hierro desenvaino;
 Tómallo tú. Golpea mi inocente
 Mansión de amor, mi corazón. No temas,
 Que solo mi dolor en él habita.
 No está allí tu señor, quien antes era
 Su máspreciado ornato. Su orden cumple;
 Hierre. En causa mejor serás valiente,
 Pero pareces un cobarde ahora.

Pis. Atrás, vil instrumento. Maldecida
 Nunca por ti será mi mano.

Imóg.

¡Vaya!

Debo morir. Si no por mano tuya,
 A tu señor no sirves. Ley del cielo
 De tal modo el suicidio nos prohíbe,
 Que pára pusilánime mi mano.
 Vamos. Aquí mi corazón se halla.
 Algo tiene delante. Espera, espera.
 Salvaguardia ninguna necesita.
 Como funda obediente. ¿Mas qué es esto?
 Son los escritos de mi fiel Leonato
 En herejías convertidos todos.
 Atrás, atrás, alevos seductores
 De mi credulidad. Del pecho mío
 Ya no seréis coraza como antes.
 Al pobre necio el impostor chasquea;
 Mas, aunque sufra el crédulo por causa
 De la traición no poco, los tormentos
 Del traidor son á veces más atroces.
 Y tú, Póstumo, tú, que me indujiste

A desobedecer al rey mi padre
Y á despreciar á príncipes excelsos,
Ya llegarás á ver que mi conducta
De extraña más que de vulgar pecaba,
Y me duele el pensar, cuanto, al saciarte
Esa que hoy con tanto afán devoras,
Tendrás que padecer con mi recuerdo.
Despacha por favor. A su verdugo
El cordero suplica. ¿Dónde tienes
Tu cuchillo? Remiso al cumplimiento
De las órdenes eres de tu amo,
Y á lo que pido yo.

Pis. Gentil señora,
Desde que para hacerlo la orden tuve,
Los párpados cerrar no he conseguido.

Imóg. Pues hazlo, y á dormir.

Pis. Con el insomnio
Se secarán mis órbitas primero.

Imóg. Entonces, ¿por qué de ello te encargaste?
¿A qué andar sin objeto tantas millas?
A qué venir aquí? ¿Por qué motivo
Mi ejercicio y el tuyo, y tal trabajo
A los caballos dar? ¿Por qué á la corte,
Donde volver no pienso, perturbado
Haber de esta manera con mi ausencia?
¿Por qué tan lejos ir, y ya en el sitio
Que como puesto has elegido, el ciervo
De ti delante, desdoblar el arco?

Pis. Quise tiempo ganar únicamente
Para tan vil empresa, y un camino
He imaginado. Con paciencia oidme.

Imóg. Mueve tu lengua hasta cansarte. Habla:
Me llaman cortesana, y mis oídos
Con falsedad tamaña lacerados,

Ni pueden recibir más honda herida
Ni tonta existe que sondarla pueda.
Mas habla.

PRIS. Pues, señora, imaginaba
Qué ya no volveríais.

IMÓG. Muy posible,
Pues me trajiste aquí para matarme.

PRIS. No, no señora, y, siendo tan discreto
Cual honrado, á buen fin mi plan conduce.
Han engañado á mi señor; sin duda
Algún vil, redomado en el oficio,
Daño tan infernal á entrambos hace.

IMÓG. Una Romana meretriz acaso.

PRIS. No, por mi vida. La noticia sólo
Daré de vuestra muerte, y un indicio
Sangriento le enviaré, pues me lo exige;
Y echándoseos de menos en la corte,
Quedaré confirmada la noticia.

IMÓG. ¿Pero que me hago yo? Di, dónde paro,
Cómo vivo, ni cuál es mi consuelo
Cuando difunta estoy para mi esposo?

PRIS. Si pretendéis volveros á la corte...

IMÓG. No más corte, ni padre, ni más trato
Con ese rudo y necio personaje.
Ese nada Clotenio, ese Clotenio,
Cuyos obsequios amorosos eran
Soportar un asedio formidable.

PRIS. Si en la corte vivir no os fuese dado,
En Bretaña tampoco.

IMÓG. ¿Dónde entonces?

¿La luz del Sol Bretaña sólo goza?

¿En Bretaña no más hay noche y día?

En la masa del mundo está Bretaña,

Mas no es el mundo mismo. En charco enorme,

- Es el nido de un cisne. Considera
Que fuera de Bretaña vive gente.
- Prs. Celebro que penséis en otro sitio.
Lucio, el Romano embajador, mañana
Llega á Milfordia. Si posible os fuera
Mantener un propósito entre sombras
Tan negras como negra es vuestra suerte
Y ocultar lo que acaso gran peligro
Os puede acarrear por el momento,
Grata senda, repleta de esperanzas
Pisaríais; si tal, que acaso os lleve
Donde reside Póstumo, ó tan cerca
Que aun cuando no lo vierais, por lo menos
A los oídos vuestros de sus pasos
Llegarían noticias cada instante.
- Imóg. ¡Oh! de qué modo dime, y lo aventuro.
Si no es mortal para el decoro mío,
No me importa arriesgarlo.
- Prs. Pues entonces,
Mis planes escuchad. Será forzoso
Que olvidéis ser mujer, que en obediencia
Troquéis el ordenar. Temor, recato
Que á las mujeres todas acompañan,
Y que, para decirlo claramente,
La femenil belleza constituyen,
Tenéis que abandonar; para mostraros
Alegre espadachín, dicharachero,
Respondón insolente é irascible
Como una comadreja. Es necesario
Más aún: que el riquísimo tesoro
De esas mejillas esponzáis. ¡Oh, fiera
Necesidad! Pero es indispensable,
Al rudo beso del Titán Apolo,
Y que olvidéis de hoy más el atavío

Tan lindo y tan cuidado que os hacía
Los celos provocar de Juno excelsa.

Imóg. Acaba. Te comprendo, y casi hombre
Me considero ya.

Pis. Primeramente,
Parecedlo. Teniendo esto previsto,
Conmigo traigo, están en mi maleta,
Calzas, jubón, sombrero, y cuanto sirve
Para representarlo. En ese traje,
De un joven imitando las maneras
Os debéis presentar al noble Lucio
Y rogarle que os tome á su servicio.
Que habilidad tenéis podéis decirle,
Y ya se lo haréis ver, como su alma
Se conmueva á la música. Gozoso
Os abriá los brazos, porque es noble
Y además compasivo. La manera
De sosteneros... vos me hicisteis rico.
Ni ahora ni luego nada ha de faltaros.

Imóg. El único consuelo que los Dioses
Me ofrecen eres tú. Vete te ruego.
Hay más en qué pensar, pero entretanto
Conviene aprovechar las circunstancias.
Decidida á esta empresa, con el brío
La llevaré de un príncipe adelante.
Vete te ruego.

Pis. Bien, señora, es fuerza
Despedirnos al punto, no sospechen,
Echándome de menos, que ayudada
Fué por mí vuestra fuga de la corte.
Esta caja tomad, señora excelsa;
La reina me la dió. Lo que contiene
Preciosísimo es. Si mareada
En el mar os hallareis, ó sintieseis

Algun desmayo en tierra, leve dosis
 El mal ahuyentará. Buscad un sitio
 Donde os vistais el varonil ropaje.
 Los Dioses os asistan.

IMÓG.

Amén, gracias. (Vanse.)

ESCENA V

Bretaña.—Habitación en el Palacio de Cimbelino.

Entran CIMBELINO, LA REINA, CLOTENIO, LUCIO y
 NOBLES.

CIM. Terminado hemos, pues. Felicidades.

LUC. Gracias, Señor. Mi emperador me escribe.
 Debo partir; y siento que enemigo
 De mi señor me toque declararos.

CIM. Mis vasallos su yugo no toleran;
 Que menos dignidad yo manifieste,
 Poco regio sería.

LUC. Bien; os pido
 Una escolta, señor, hasta Milfordia.
 Señora, toda dicha á vuestra alteza
 Y á los vuestros deseo.

CIM. Para el caso
 Los nombrados señores, sois vosotros,
 Y el debido homenaje dispensadle.
 Salud, pues, noble Lucio.

LUC. Vuestra mano.

CLOT. Cual amigo os la doy, más desde ahora
 Es la de un enemigo.

LUC. Los sucesos
 Declararán quién vence. Yo os saludo.

CIM. Al noble Lucio hasta pasar el vado

Del Severna escoltad. Felicidades.

(Vanse Lucio y señores.)

REINA. Se va con ceño, mas para honra nuestra
Le hemos dado motivo.

CLOT. Poco importa.

El valiente Bretón logra su gusto.

CIM. Lucio al emperador lo que aquí pasa
Escrito habrá; por tanto, deben luego
Carros y caballeros prepararse.
Concentrándose irán las fuerzas todas
Que en Galia tiene, y desde allí la guerra
A la Bretaña hará.

REINA. No hay que dormirse;
Rapidez es preciso y energía.

CIM. Anticipando que esto sucediera,
Me he prevenido. ¿Pero, mi hija, dónde
Se encuentra reina mía? Ni presente
Estuvo ante el Romano, ni el saludo
Filial hoy de ella obtuve. Más repleta
De hiel parece estar que de respeto.
Llamadla, que harta mi paciencia ha sido.

(Vase un Sirviente.)

REINA. El destierro de Póstumo la induce,
Regio señor, á vida retirada.
El tiempo nada más curarla puede.
No le has de hablar con áspero lenguaje,
Yo te lo ruego. Es joven tan sensible,
Que las frases son golpes para ella,
Y mortales los golpes.

Vuelve á entrar el SIRVIENTE.

CIM. Di ¿la has visto?
¿Cómo puede explicar su menosprecio?

SIR. Con permiso, señor. Estan cerrados
Sus cuartos todos, y á los rudos golpes
Que hemos dado, no hay nadie que responda.

REINA. La última vez que yo la ví, su ausencia
Que os explicara me rogó, causada
Por indisposición que le impedía
Cumplir con sus deberes cotidianos;
Esto me suplicó que os anunciara,
Pero las ceremonias de la corte
Hicieron flaquease mi memoria.

CIM. ¿Qué? ¿Cerradas las puertas? ¿No la ha visto
Ultimamente nadie? ¿Quiera el cielo
Que ilusorios resulten mis temores!

(Vase.)

REINA. Sigue, hijo mío, al Rey.

CLOT. A ese Pisanio,
Su viejo servidor, hace dos días
Que no he visto.

REINA. Anda, pues, no te detengas.

(Vase Clotenio.)

¡Pisanio, tú que á Póstumo defiendes!
Tiene una droga mía. De tragarla
Ojalá que su ausencia procediera,
Pues cosa preciosísima la juzga.
Mas ella ¿donde puede hallar refugio?
La desesperación turbó su alma,
O en alas del amor tendió su vuelo
En busca de su Póstumo adorado.
Pero de cierto á su deshonra ó muerte,
Y mi fin de cualquier manera logro.
Ella hundida, dispongo cual señora
De la corona de Bretaña ahora.

Vuelve á entrar CLOTENIO.

¿Qué ocurre, hijo?

CLOT. Es cierto. Se ha fugado;
Ve á consolar al Rey. Delira. Nadie
Se atreve á hablarle.

REINA. Bueno. ¡Que no fuera
Esta noche su noche postrimera!

(Vase.)

CLOT. Por regia y por hermosa la odio y amo,
Y porque sobrepuja en elegancia
A todas las señoras y mujeres.
Reúne lo mejor de cada una
Y vale más que la reunión de todas.
La amo por eso yo, más desairarme
Y colmar al vil Póstumo de halagos
Rebaja de tal modo su buen juicio,
Que su mérito raro neutraliza,
Y tengo al fin que decidirme á odiarla.
Aun más, vengarme de ella, pues los necios...

Entra PISANIO.

¿Quién es? ¿Alistas la maleta, pillo?
¡Ven aquí tú, correveidile, infame!
¿Dónde está tu señora? En un resuello,
O te vas de seguida á los profundos.

Pis. ¡Ah, señor!...

CLOT. ¿Dónde está, dí, tu señora?
No lo diré dos veces, ¡vive Jove!
Infame socarrón, este secreto
Del corazón te arranco, ó te divido
El corazón en dos para encontrarlo.
¿Está, dime, con Póstumo, de cuyo

Volumen infinito de bajezas

Ni aun una dracma de valer se extrae?

Pis. ¿Mas cómo puede estar con él, alteza?

¿Cuándo de aquí faltó? Él se halla en Roma.

CLOT. ¿Donde está? Ponte aquí. No titubees.

Díme con claridad dónde se halla.

Pis. ¡Ah, mi digno señor!

CLOT. Digno villano.¹

En dónde tu ama está, dímelo al punto,

Y no me «dignifiques». Si no hablas,

A muerte tu silencio te condena.

Pis. Pues bien, señor, este papel la historia

Narra de lo que yo sé de su fuga.

(Dando una carta.)

CLOT. Déjame ver. La seguiré hasta el trono

Del mismo Augusto.

Pis. (Aparte.) Necesario ha sido

Hacer esto ó morir. Lejos se halla.

Lo que averigüe, sin peligro de ella,

A viajar es probable que le induzca.

CLOT. Ya.

Pis. (Aparte.) Que murió le escribiré á mi amo.

¡Oh, Imógenes! protéjate la suerte

En tu viaje, y pronto vuelva á verte.

CLOT. Oye, tú, ¿es verdadera esta carta?

Pis. Paréceme, señor, que sí.

CLOT. Es la letra de Póstumo. La conozo. Si no quieres ser un villano y prefieres servirme bien, promete hacer todo lo que tenga que encomendarte, con asiduidad perfecta. Es decir, que cualquier villanía que te ordenare la ejecutarás al punto y lealmente. Yo te consideraré hombre honrado, y no te faltarán ni medios para vivir, ni mi favor para tu adelanto.

Pis. Bueno, señor.

CLot. ¿Quieres servirme? Si con tanta paciencia y constancia tanta te has adherido á la miserable suerte de ese mendigo de Póstumo, necesario es que la gratitud te haga diligente servidor mío. ¿Quieres servirme?

Pis. Sí, señor.

CLot. Dame la mano. Toma mi bolsa. ¿Tienes algún vestido de tu amo en tu poder?

Pis. Sí, señor. En mi habitación. El mismo que llevaba cuando se despidió de mi ama.

CLot. El primer servicio que me haces es traerme ese vestido. Es tu primer servicio. Anda.

Pis. Voy, señor.

(Vase.)

CLot. ¡Te encontraré en Milfordia! Se me olvidó preguntarle una cosa. Ya me acordaré. Allí mismo, infame Póstumo, te mataré. Ojala tuviera aquí ese vestido. Dijo una vez: lo amargo del dicho vomita ahora mi corazón, que tenía en más la ropa de Póstumo que mi misma noble persona conjuntamente con todas mis cualidades. Con ese vestido puesto la violaré; pero primero ante sus propios ojos daré muerte á su amado, á fin de que vea mi ánimo, que será torcedor de su desprecio. Él, en tierra, oirá mis insultos, que acabarán con su muerte, y saciada mi lujuria, que, como digo, llevaré á cabo para ofenderla vistiendo las ropas que tanto estima, á empellones y á puntapiés la haré volver á la corte. Me ha despreciado alegremente, y yo me regocijaré en mi venganza. (Vuelve á entrar PISANIO con ropa.) ¿Está ahí el vestido?

Pis. Sí, señor.

CLot. ¿Cuánto tiempo hace que se fué á Milfordia?

Pis. Apenas puede haber llegado.

CLOT. Lleva ese traje á mi habitación. Es la segunda orden que te doy. La tercera es que te vuelvas mudo con relación á mi proyecto. Sé leal y cumple conmigo, y prosperarás. Mi venganza está ahora en Milfordia. ¡Ojála tuviera alas para ir tras ella! Vamos. Sé leal.

(Vase.)

PIS. Quieres mi perdición; porque contigo
Mostrárteme leal, sin duda fuera
Hacer traición al que es leal conmigo.
Vete á Milfordia. Sigue tu carrera,
Y no hallarla te sirva de castigo.
¡Oh cielos, concededle dicha entera!
Y que este necio en sus pesquisas falle,
Y mil tropiezos y trabajos halle. (Vase.)

ESCENA VI

Bretaña.—Gales.—Ante la cueva de Belario.

Entra IMÓGENES en traje de muchacho.

IMÓG. Es áspera la vida de los hombres.
Estoy cansada, y por colchón el suelo
He tenido dos noches sucesivas.
Mi decisión tan sólo me sostiene.
Cuando Pisanio te mostró, Milfordia,
Desde la cumbre, estabas á la mano.
¡Oh Jupiter! del triste por lo visto
Aun los asilos huyen donde deben
Albergue conseguir. Que no podría
Perderme dos mendigos me dijeron.
¿Pueden mentir los pobres que padecen

Y saben que es su prueba ó su castigo?
Y ¿por qué no, cuando la gente rica,
Dice apenas verdad? Es en el auge,
Más vil la falsedad, que en la indigencia
Mentir para comer, y la mentira
Más indigna es en Reyes que en mendigos.
¡Ah, dueño amado! De los falsos eres,
Y ahora, pensando en ti, fuésemel hambre,
Cuando hace poco exánime me hallaba.
¡Mas qué es esto! ¿La senda allí conduce?
Será agreste retiro. Llamaría,
Mas no me atrevo. Sin embargo, el hambre
A la naturaleza envalentona
Antes de subyugarla por completo.
La abundancia y la paz cobardes crían;
La vida dura del valor es madre.
¡Ah de casa! Si es ser civilizado,
Habla; salvaje, dame auxilio ó muerte.
¡Eh! No contestan. Pues entonces entro;
Será mejor desenvainar la espada,
Y si teme á una espada mi enemigo
Como yo, puede ser que ni la mire.
Dadme enemigo tal, potentes cielos.

(Entra en la caverna.)

Entran BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO.

BEL. Tú el más hábil montero te mostraste
Y eres Rey de la fiesta, Polidoro.
De cocinero y de criado haremos
Cádval y yo, pues este el trato ha sido.
El sudor de la industria se secura
Y pronto moriría, si no fuese
Porque á un fin el trabajo se dirige.

Vamos, nuestros estómagos sabroso
 Juzgarán lo grosero. Sobre guijos
 Ronca el cansancio, mientras dura juzga
 La almohada de plumas la pereza.
 Ahora bien. Santa paz aquí resida,
 Miserable casa que te guardas sola.

GUI. Cansadísimo estoy.

ARV. Yo me hallo exhausto
 De trabajar, mas fuerte de apetito.

GUI. Carne fiambre tenemos en la cueva
 Que podemos roer mientras se ase
 Nuestra caza.

BEL. Tened. No entréis ahí adentro

(Mirando dentro de la cueva.)

Si nuestras provisiones no comiera,
 Que era esto visión imaginara.

GUI. ¿Pero qué es?

BEL. ¡Vive Júpiter! ¡Un ángel!

Ó si eso no, terrestre maravilla.

En forma de rapaz un ser perfecto.

Vuelve á entrar IMÓGENES

IMÓG. No me hagáis mal. Antes de entrar, señores,
 Llamé y pensé pedirlos ó rogaros
 Lo que he tomado. Nunca robaría
 Aunque esparcido por el suelo el oro
 Hubiera visto. Aquí tenéis dinero
 Por mi comida. Hubiéralo dejado
 Sobre la mesa al irme, y con mis preces
 Al proveedor hubiera bendecido.

GUID. ¿Dinero, joven?

ARV. Que se vuelva ciego

Todo el oro y la plata de la tierra;

Ese valor le dan quienes adoran
Inmundos dioses.

IMÓG. Veo vuestro enojo.

Si por mi falta me matáis, sabedlo:
Abstenerme, costárame la vida.

BEL. ¿Dónde vas?

IMÓG. A Milfordia.

BEL. Di tu nombre.

IMÓG. Fidel, señor. A Italia se dirige
Un pariente que tengo, y en su busca
Yendo á Milfordia, casi muerto de hambre,
He cometido la presente falta.

BEL. No nos juzgues tan rudos, bello mozo,
Ni midas la honradez de nuestras almas
Por el tosco lugar en que vivimos.

Muy bien venido seas. Ya anochece;
Tendrás más de comer antes de irte,
Y gracias te daremos por quedarte
Y por comer. Muchachos, festejadlo.

GUID. Joven, si fueras hembra, duramente
Trabajaría para ser tu novio,
Y digo con franqueza lo que siento.

ARV. Celebro que hombre sea; como hermano
Yo lo querré. La misma bienvenida
Que le daría tras de larga ausencia,
A ti te doy. Bien vengas. Cobra aliento,
Porque estás entre amigos.

IMÓG. Entre amigos
Y hermanos. (Aparte.) Ojalá que de mi padre
Los hijos éstos fueran; de ese modo
Mi valer fuera menos, con el tuyo,
Póstumo, equilibrándose.

BEL. Recuerda

Alguna desventura.

- GUID. Remediarla
 Pudiera yo.
- ARV. Pudiera yo igualmente;
 Ni trabajos ningunos ni peligros
 ¡Oh dioses! me atajaran.
- BEL. (En voz baja.) Oid, muchachos.
- IMÓG. Príncipes cuya corte, reducida
 Cual esta cueva fuese, que á sí mismos
 Se sirviesen y el mérito tuvieran
 Que su propia conciencia les marcase,
 Despreciando el halago de las gentes,
 En nobleza á este par no excederían.
 Dioses, perdón. De sexo cambiara
 Para que fueran compañeros míos,
 Ya que Leonato me abandona.
- BEL. Sea.
 Muchachos, á alistar la caza iremos.
 Entra, pues, bello mozo, que en ayunas
 Se hace pesado el conversar. Tu historia
 O lo que de ella referir te agrade
 Nos narrarás al terminar la cena.
- GUID. Entra te ruego.
- ARV. Ni mejor recibe
 El buho la noche, ni la alondra al alba.
- IMÓG. Gracias.
- GUID. Entra te ruego. (Vase.)

ESCENA VII

Roma.—Plaza pública.

Entran dos SENADORES y un TRIBUNO.

- 1.^{er} SEN. El rescripto imperial ved lo que reza.
 Que en la guerra ocupados los plebeyos

